Megan Maxwell

Ríete de las bodas



ESPASA

Megan Maxwell

Ríete de las bodas



ESPASA

Capítulo 1

Madrid, abril de 2026

En un precioso restaurante del centro de Madrid, Alma con su hija Natalia y su grupo de amigas de toda la vida cenan para celebrar la inminente boda de Virginia, una de las gemelas de Romina. Allí estaban las lobas. Alma. Nuria. Estíbaliz y Romina. Nombre que ellas se otorgaron hacía años al ser fieles seguidoras de la loba madre, que era la cantante Shakira. Y, por tanto, sus hijas eran las lobeznas.

—Por Virginia, la primera de nuestras lobeznas que se nos casa —levantó la copa Alma.

—Y por nosotras, ¡las lobas!

—Auuuuuu —aullaron divertidas mientras brindaban.

—Y por mi piso nuevo —dijo Nuria, que se acababa de mudar de casa.

Romina, emocionada, miró a su otra hija Carolina y comenzó a llorar. Todas la miraron, pero sonrieron. Romina era la más llorona de todas. La más sentimental. Y cuando segundos después se recompuso:

—Lo sé. Soy de lágrima fácil —afirmó, al ver cómo todas se centraban en ella.

—Mamá... deja de llorar —rio Virginia.

—Es que estoy muy emocionada.

Carolina, su otra hija, sonrió.

—Pues te vas a deshidratar —cuchicheó—. Últimamente no paras de llorar.

Romina asintió con cariño. Reconoció que llevaba razón.

—¿Cómo van los vestidos para la boda, tía Alma? —preguntó Estíbaliz.

Antes de que pudiera responder, se adelantó Carolina:

—Irán bien. Tía Alma en su precioso atelier estará haciendo maravillas con ellos.

—Yo dudo todavía sobre el velo. No sé si largo, corto, mantilla ¿o qué? —intervino Leyre.

—Pregúntale a la IA —indicó Virginia.

Las más maduras la miraron. ¿Hablaba de la Inteligencia Artificial? Natalia, captando por dónde iba Virginia, apostilló:

—No la miréis así. La IA ayuda muchísimo.

—Por favorrr —musitó Nuria—. ¿En serio creéis que la inteligencia artificial sabe aconsejar mejor que Alma o yo, que nos dedicamos al mundo de las novias?

Las chicas sonrieron.

—A ver, tía Nuria —replicó Natalia—. La IA seguro que le da una buena opción.

—¿Más que tu madre o yo?

Natalia negó con la cabeza. Su madre era una excelente diseñadora de vestidos de novia.

—Más que vosotras ¡noooooo! —afirmó con seguridad.

De nuevo el grupo volvió a chocar sus copas. Estaban felices. Muy felices.

—Bueno, lobas, ¿ya habéis encontrado vuestros disfraces para la fiesta que tenéis por el aniversario del que fue vuestro colegio? —preguntó Virginia.

Alma, Estíbaliz, Nuria y Romina sonrieron.

Se celebraba el cincuenta aniversario del colegio en donde habían estudiado de niñas y habían invitado a todos los antiguos alumnos. En cada graduación lo típico era organizar una fiesta de disfraces. Y para esa ocasión tan señalada no podía faltar algo semejante, por lo que la organización les había pedido que asistieran con un disfraz lo más parecido posible al que habían llevado en su graduación.

—Roberto y yo iremos de caballero y dama medieval, como fuimos en su momento.

—Yo fui de *hippie* —se rio Alma.

—Y yo de diosa griega —dijo Estíbaliz guiñándole el ojo a su hija Leyre.

—Y yo de Pitufina —se mofó Nuria.

Las jóvenes asintieron divertidas. A ellas les encantaba divertirse.

—Me muero por ver cómo está hoy en día Marcos Luengo —señaló Romina—. Recuerdo que eran tannnn guapoooo.

—Y tan alto.

—Y tannnn unicornioooo —afirmó Nuria.

—Yo estoy deseando ver a Micaela y Genoveva y ver cómo han sufrido el paso de los años —afirmó Estíbaliz—. Recuerdo que fueron vestidas como la prota de la película *Grease* y todo el colegio babeó por ellas.

—¿Seguirán tan guapas? —preguntó Alma.

Durante un rato hablaron de aquella fiesta que tenían el viernes de la siguiente semana.

—No es por jorobar el momento —dijo Carolina, tras dar un trago a su bebida—, pero Pablo y yo no estamos en nuestro mejor momento, y como siga así, al final no me caso. ¡Anulo la boda! ¡Que le den! Por idiota.

—Aire y fuego, ¿qué queréis? —musitó Estíbaliz, a la que le encantaba todo lo relativo a los horóscopos.

El grupo la miró. La relación de Pablo y Carolina estaba llena de altibajos cuando Romina, mirando a su hija, indicó:

—Carolina, ¿quieres que me dé un parraque?

—Mamáááá.

—Por Dios, hija. Te he dicho mil veces que vuestra boda es algo precipitada y que creo que...

—Mamá —la interrumpió Carolina—. Yo decido mi vida, ¿entendido?

Alma, por debajo de la mesa, tomó la mano de su amiga Romina. Al igual que Virginia tenía una relación idílica con el que iba a ser su marido, Carolina no. Pablo y ella no podían ser más diferentes.

—Ufff, por Dios, ¡qué calor! —intervino Alma, para cortar aquel tenso momento. Rápidamente se dio aire con la mano y mirando a sus amigas indicó—: La puñetera menopausia y sus calores tropicales.

—Calla —afirmó Nuria—. Seis años me duró. Y tan pronto me sentía en el Polo Norte como en el Caribe.

—No me lo recuerdes —cuchicheó Estíbaliz—, que estoy como Alma. Y encima, el otro día fui a la ginecóloga y me ha mandado unas pastillitas para la vitamina D. Al parecer la tengo baja.

—Yo he comenzado a tomar las de la osteoporosis —soltó Romina.

—Para la meno, yo tomo unas pastillas naturales muy buenas que me compró mi exsuegra Emilia —indicó Alma.

Las jóvenes, al escucharlas, sonrieron.

—Reíros, que todo llega en esta vida —dijo Alma, señalándolas con el dedo—. Y cuando os llegue la menopausia, o cualquier otra cosa, que os llegará, os acordaréis de lo que estamos diciendo en estos momentos, y espero que os lo toméis tan bien como nos lo tomamos ¡las lobas!

—Auuuuuu —aullaron las cuatro amigas.

Divertidas, todas sonrieron.

—Qué bueno Barry White —dijo Nuria, refiriéndose a la música ambiental.

—¿Quién es ese? —quiso saber Carolina.

—¿Tu hija no sabe quién es Barry White? —Nuria miró a Romina sorprendida.

—Pues, por lo que veo, no.

—Por favorrrrr, Romina —resopló Nuria—. Qué pobre cultura musical les habéis dado a las niñas. —Y mirando a Carolina, explicó—: Barry White, también conocido como el Maestro, fue un compositor, arreglista y cantante ¡increíble! —Carolina miró a su hermana Virginia. Nuria preguntó—: Nombres como David Bowie, Etta James, Bryan Adams, Annie Lennox, Tina Turner o las Spice Girls, ¿os suenan de algo?

Las jóvenes se miraron entre sí.

—Alguno sí —musitó Leyre.

Estíbaliz, al escuchar a su hija, sonrió.

—A mí me suenan todos —afirmó Natalia—. Incluso te podría mencionar a cantantes como Tino Casal, Janet Jackson, Stevie Wonder y Phil Collins o grupos como A-ha, Spandau Ballet o

Police. —Alma sonrió, orgullosa de su hija. La música era algo que siempre le había acompañado en su vida y, por consiguiente, a su hija también; Natalia, tomando su mano, afirmó—: Tengo la gran suerte de tener una madre a la que le encanta la música, por lo que he crecido con ella, y reconozco que tengo una buena cultura musical. Aunque, hoy por hoy, para mi madre y para vosotras tres, «la loba jefa» sea la mejor.

Las cuatro amigas se miraron y sonrieron. Adoraban a la cantante Shakira. ¡Diosa suprema y mujer empoderada!

—Siempre me ha encantado este cantante —afirmó Nuria, moviendo los hombros al ritmo de Barry White—, y lo mejor es que tengo un vecino al que le debe de gustar también, porque lo pone mucho.

—¡Mira qué bien! —afirmó Estíbaliz.

Divertidas, hablaban sobre música cuando comenzó a sonar la canción *Risk It All*, de Bruno Mars.

—Diosssss, estoy enamorada de esta canción —murmuró Alma.

—Es una pasada de bonita —se mostró de acuerdo Carolina, que conocía a aquel cantante.

—Cada vez que la escucho —prosiguió Alma—, el vello de todo el cuerpo se me eriza y me hace creer que el amor puede existir.

—Cree antes en los marcianos... es más sano —se mofó Nuria.

Alma tarareó la canción.

—Pero ¿tú has escuchado las cosas tan bonitas que dice la canción? —dijo, mirando a Nuria.

Nuria asintió. Al igual que Alma, entendía muy bien el inglés.

—¿Os imagináis que alguien os diga que por daros la luna aprendería a volar? —preguntó Alma, al ver que Carolina se la traducía a su madre Romina.

—Por favorrrrrr, ¿qué te han puesto a ti en la bebida? —se rio Nuria.

—Cianuro, como poco —se mofó Alma, consciente de lo que había dicho.

Todas estallaron en carcajadas. Tanto Nuria como Alma eran dos grandes escépticas en el amor. Sus pasados en aquella materia no habían sido los mejores. De pronto, a Natalia le sonó el móvil.

—Tengo dos noticias que dar —dijo.

—¡Cuenta! —gritó Estíbaliz.

—La primera. Papá ya llegó a Badajoz.

Todas resoplaron. Aquello para ellas era irrelevante. Carlos no era objeto de su devoción.

—Por mí, como si se desintegra en el camino —murmuró Nuria.

—¡Tía Nuriaaaaa! —protestó Natalia.

—Mucho viaja a Badajoz —indicó Romina—. Este tiene algo allí.

Alma sonrió. La vida de su exmarido, con el que apenas tenía relación, le importaba cero.

—¿Y la segunda noticia cuál es? —pidió Estíbaliz.

Natalia sonrió y tomó aire.

—¡Se casa Susanita! —soltó. Todas se quedaron paradas, y ella aclaró—: Susana es mi prima. La nieta de Clara. La hermana de la yaya Emilia. Y mamá, tú y yo estamos invitadas. —Alma, sorprendida, parpadeó por aquella noticia. Natalia añadió en bajito—: Me lo acaba de decir papá en su mensaje. Pero me pide que nos hagamos las sorprendidas cuando nos lo cuente la yaya Emilia, ¿vale, mamá?

—Por supuesto, corazón.

—¡Esto de las bodas es una epidemia! —exclamó Romina.

—¡Mañana mismo me pongo mascarilla! —se burló Nuria.

Estíbaliz, con gesto tosco, le dio un golpe a su amiga en el brazo.

—Aunque nos faltan los riquísimos manolitos para acompañar el momento —dijo Romina al tiempo que levantaba su copa—, esto va para mis preciosas gemelas. Virginia y Carolina. Teneros, cuidaros y criaros ha sido lo más bonito que me ha pasado en la vida. Aún recuerdo cuando llegasteis, todo fue un caos para vuestro padre y para mí, pero lo repetiríamos mil veces. —Virginia y Carolina no pudieron evitar emocionarse por

las palabras de su madre, que se apresuró a agregar—: Brindo porque seáis muy felices y porque me deis preciosos nietecitos.

—Mamáááá.

—Por Dios, Romina, déjalas que follen sin presión.

—¡Nuria! —gruñó Romina.

—Eso mismo iba a decir yo, ¡déjalas follar! —intervino Alma tocándose su rubio cabello.

—¿Por qué tenéis que llamarlo así y no cuchi cuchi? —masculló Romina.

Nuria y Alma se miraron. Para ellas el tema sexo no era nada tabú.

—Porque se llama así —replicó Nuria.

—Se dice hacer el amor o hacer cuchi cuchi —matizó Romina.

—Por favorrrr, Romina... —se mofó Nuria ante las risas de las jovencitas.

—¡¿Qué?!

—¡No seas cursi y antigua! ¡¿Cuchi cuchi?!

—Mira ¡las modernassss! —rio Estíbaliz.

—A ver, Romina —insistió Alma—. Con los tíos con los que tengo sexo, follo. No hay miradas cómplices, ni cariñito. Por lo que no hago el amor y mucho menos cuchi cuchi.

—Mamáááá.

—Pues como yo, ¡follo hasta saciarme! —matizó Nuria, que sonriendo añadió—: Podéis llamadme comilona.

—Tíaaaaa —rio Virginia.

—Al infierno derechitas que vais a ir —pronosticó Romina.

—Si en el infierno hay hombres sexis... ¡firmo! —rio Alma.

—Y yo. Que, oye, no todo será dolor y fuego —apostilló Nuria.

—Pero ¿os estáis escuchando? —gruñó Romina.

—A ver, que no cunda el pánico. Según la IA —Natalia, rubia como su madre miró la pantalla de su teléfono—, «follar», para los españoles, significa tener relaciones sexuales.

—Prefiero oír ¡hacer el amor! —insistió Estíbaliz.

—O cuchi cuchi —insistió Romina.

—Pero vamos a ver —rio Nuria—. ¿Cuál es vuestro problema por utilizar la palabra follar?

—¡Y dale con la palabrita! —refunfuñó Romina.

Finalmente, todas sonrieron. Aunque les encantaba soltarse pullas, se respetaban. Sus personalidades eran muy diferentes en su forma de ver la vida.

—Sois de lo que no hay —concluyó Romina—. Acabáis de romper un momento mágico con mis niñas, utilizando esa palabra tan malsonante.

—A cualquier cosa le llamas momento mágico —bromeó Alma.

Virginia sonrió. Entendía a su madre y entendía a sus tías. Por supuesto que quería tener hijos, pero de momento, con veintinueve años, aún era pronto para ello.

—A ver, lobezna —añadió Nuria—. Tú vive y disfruta, que el resto llegará.

—Como la menopausia —se mofó Leyre.

—Y tanto que llegará, ¡pero a todas! —afirmó Alma—. ¡Igual que a los tíos la pitopausia!

Minutos después, Virginia, Leyre, Carolina y Natalia se fueron al baño.

—Nuestras niñas se han hecho mayores —murmuró Estíbaliz, observando a su hija—. Este fin de semana se casa Virginia. El mes que viene Leyre y a la semana siguiente Carolina. Madre mía, ¡cómo pasa el tiempo!

Alma, Romina, Nuria y Estíbaliz se miraron con complicidad.

¿Cómo habían pasado tan rápidos los años?

Eran amigas desde el colegio. Primero se conocieron Nuria y Alma, que eran íntimas, y años después llegaron a sus vidas Estíbaliz y Romina. Juntas vivieron la adolescencia. Los primeros amores. Sus primeros besos, sus primeros roces. Con los años, llegaron los novios, los trabajos formales, las muertes de familiares y las bodas, a excepción de Nuria, que permanecía soltera. Después tuvieron a los hijos, y se sucedieron los divorcios de Alma y Estíbaliz, el emprendimiento de Alma y Nuria en su proyecto de la tienda de novias, la nueva boda de Estíbaliz y la consolidación de la perfumería de Romina y Roberto. Y, por supuesto, ya en la madurez, hizo su aparición la dichosa menopausia.

—Lo de Carolina nos preocupa a Roberto y a mí. ¿En qué piensa esta hija nuestra casándose por un impulso? —murmuró Romina.

—Os lo he dicho mil veces —apostillo Estíbaliz—. Signos de fuego y agua, aunque se quieran, no suelen ser muy compatibles.

—Tan pronto se adoran, como se matan, ¿qué tienen en la cabeza? —insistió Romina.

Todas se miraron.

—Es su decisión y ante eso no puedes hacer nada —indicó Alma.

—Pero se está equivocando —recalcó.

—De los errores se aprende —matizó Nuria.

—Eso dice Roberto —admitió la desesperada madre.

Romina suspiró. Sus amigas tenían razón. Seguir pensando una y otra vez en algo a lo que ya le había dado cientos de vueltas era una tontería.

—El enganche que tengo con la serie coreana que estoy viendo es tremendo —cambió de tema.

—Lo que te gustan los culebrones. —Nuria esbozó una sonrisa.

—Deberíais verla —insistió Romina—. ¡Es tannnnn románticaaaaaa y bonitaaaaa!

Todas sonrieron. Romina era una loca del romanticismo, del amor y de las series.

—¿Otra serie turca? —preguntó Alma.

—No. Coreana.

—Por favorrr. —Nuria puso los ojos en blanco.

—Son fantásticas. Creedme.

Divertidas, las amigas se miraron.

—Venezolanas. Colombianas. Mexicanas. Turcas. Coreanas... —enumeró Nuria.

—Calla y escucha —la interrumpió Romina, emocionada—. La serie que estoy viendo es una preciosa historia de amor entre una persona de Corea del Norte y otra del Corea del Sur. Y ¡oh, por Dios! El capitán Ri me tiene enamorada. Teníais que ver cómo mira a la muchacha. ¡Es que me lo comoooooo! ¡Qué miradaaaaaa!

—¿Te lo comes antes que a Roberto?

Romina sonrió. Todas querían a Roberto. Un buenazo que idolatraba a su mujer y adoraba a sus amigas.

—A ver, ¿cómo se llama esa serie? —preguntó Nuria, antes de que ella pudiera contestar—. Quiero conocer el capitán Ri.

—*Crash Landing on You*, y la ponen en Netflix —indicó Romina, y añadió—: Y, por cierto, los hombres coreanos son caballerosos, protectores y detallistas.

—¡Cómo tu Roberto! —se mofó Alma.

—Pero follarán, ¿no?

—Nuria, por favorrrrrr. La vida es algo más que hacer cuchi cuchi —gruñó Romina.

—Cuchi... cuchi... —se burló Alma.

—¡Serás hortera! —rio Nuria.

—Y vosotras ¡mal habladas!

Nuria y Alma, al oír aquel término tan de Romina, se rieron a carcajadas.

—Venga, Romina, por Dios, no seas tan tiquismiquis —se quejó Estíbaliz—. Que lo que ves es en la televisión es ficción. ¡Es una serie! Y tienen que hacerlos parecer así.

—No me mates el sueño —musitó Romina.

Nuria, que observaba su teléfono móvil, murmuró:

—Por favorrrr. Espero que alguno de mis nuevos vecinos esté como el capitán Ri. ¡Menudo unicornioooooo!

—Te lo dije. ¿Es o no es impresionante? —dijo Romina.

—Es... es... ¡Me lo pido para Reyes! —afirmó Nuria.

—¿Qué horóscopo es?

—Y yo qué sé, Estíbaliz —indicó Romina.

—Uisss, ¡pero si mide 1,85! Qué coreano tan alto y sexi, ¿no? —insistió Nuria.

El teléfono fue pasando de mano en mano. Todas querían ver a aquel actor surcoreano.

—Tiene su puntito —admitió Alma.

—Puntazo, loba, ¡puntazo! —la corrigió Nuria.

—Dudo que todos los coreanos sean así de guaperas —se rio Alma—. Los habrá feos y bajitos también.

—Pues claro —indicó Estíbaliz—. Guapos, feos, altos y bajos hay en todos lados.

—Este es de los guapos —afirmó Romina.

—Nunca he tenido un rollito con un asiático. —Alma juntó las manos con gracia y mirando al techo, dijo—: Mis queridos Masters del Universo, siempre he creído en vosotros, por lo que os voy a pedir un deseo: quiero tener un rollito con un sexi y guapo asiático.

—Pues no es por nada, loba, pero siempre oí que son sosos y la tienen chiquitita...

—¡Nuria, por favorrrrr! —se quejó Romina.

Las cuatro rieron a carcajadas.

—A eso que dicen, ¡ni caso! —remató Estíbaliz. Todas la miraron. Ella bajó la voz y prosiguió—: ¿Os acordáis el verano que me divorcié, que mi madre se quedó con la niña y yo me fui con mi hermana y sus amigas a hacer un crucerito por los Fiordos? —El grupo asintió—. ¿No recordáis que os dije que coincidimos con un grupo de hombres de negocios americanos y que yo conocí a un tipo llamado Yan?

—¡Es verdaddddd! Estabas desatada en tu época de loba de los bosques —afirmó Nuria riendo.

—Yan, por cierto, sagitario, era chino, aunque había nacido en los Estados Unidos. Y la verdad, lo pasamos muy bien. Y de soso y chiquitita, nada de nada. ¡Menudo era Yan!

—Pero míralaaaaa —se mofó Alma—. Abriste fronteras.

—Y lo que no son fronteras —murmuró Romina.

Divertidas, se rieron. Romina, que veía cómo Alma observaba a su hija, dijo.

—Cuando menos lo esperemos se nos casa Natalia. Además, ya sabéis el dicho: ¡de una boda sale otra! Y más si coges el ramo de la novia. Y de momento, va a asistir a tres y a la de su prima Susanita.

Al oír aquello, Alma, olvidándose de lo que hablaban, sonrió. Su hija Natalia era una enamoradiza empedernida. Cuando conocía a alguien, lo daba todo. Pero igual que lo daba lo quitaba en el momento en el que comenzaban a atosigarla. Ella era una mujer de relaciones abiertas, y que alguien le cerrara su espacio la agobiaba.

—Si es lo que ella decide, ¡adelante! Aunque lo dudo. Natalia no es de casarse, peroooooo, si algún día pasa por su cabeza, que se lo piense muy bien, porque casarse es una lotería.

—Loba, no digas eso.

—Que encontraras un unicornio en Roberto ¡es maravilloso! —replicó Alma, dándose aire con la mano ante un nuevo ataque de calor tropical—. Pero permite que a las que encontramos caballornios, pensemos lo que nos dé la gana.

—La secundo —afirmó Estíbaliz, pensando en su primer matrimonio.

—Lo mejor es no casarse. ¡Miradme a mí qué feliz estoy, aunque folle y no haga el amor! —soltó Nuria.

—¡Y daleeeee! —siseó Romina, y como le encantaban los buenos dramas, murmuró—: Alma, no sabes la de veces que me arrepiento de haberte presentado al idiota de Carlos. Por mi insistencia te enamoraste de él.

En silencio se miraron. Lo que Romina decía era cierto.

—Por Dios, Romina, deja de martirizarte por eso —respondió Alma—. Aunque con Carlos todo fuera un desastre, gracias a él, tengo lo mejor que la vida me ha podido dar. Natalia es mi mayor regalo y por ella repetiría todo mil veces. Por lo tanto, ¡déjate de dramitas! Que yo el tema de mi excaballornio ya lo tengo más que superado. Y solo espero que, si mi hija el día de mañana decide casarse, sepa elegir mejor que yo.

—¿Qué me tengo que pensar bien? —preguntó Natalia, que acababa de regresar.

—Romina dice que la siguiente en casarte serás tú —le explica Alma a su hija—, porque de una boda sale otra, y más si coges el ramo de la novia, y tú vas a asistir a tres más la de tu prima Susanita.

Natalia ocupó su sitió sin mirar a sus amigas. Desde hacía un tiempo se veía con alguien que le gustaba mucho. Lo llevaba tan en secreto que todavía no les había hablado de él a su madre ni a sus amigas.

—Siento decirte esto, tía Romina —contestó la joven—, pero las bodas no son lo mío, por muy enamoradiza que sea. En todo caso, viviré en pecado junto a una pareja abierta, porque me parece mucho más emocionante.

—¡Oh, por diossss! —protestó Romina, que nunca había entendido su mundo liberal.

—Lobezna. Qué orgullosa estoy de ti —afirmó Nuria.

Alma se rio y chocó con complicidad la mano con su hija. Conocía muy bien a Natalia. Era independiente, resuelta en la vida y respetaba su manera de ver y disfrutar el sexo.

—Reíros de las bodas —insistió Romina, que era la más tradicional del grupo—. Pero de la mía salió la de Estíbaliz, y de la de ella, la de Alma.

—Y ahí se cortó la tontería —se mofó Nuria, haciendo sonreír a las jóvenes.

—Eran otros tiempos, Romina —matiza Alma—. Y, sobre todo, nosotras éramos muy ingenuas e inexpertas.

—Por no decir unas tontas que creíamos que los unicornios existían.

—¡Nuria, no te pases! —la reprendió Estíbaliz.

—¡Que no me pase! Mira... cada vez que recuerdo lo tonta que fui con el caballornio de la Perla. Os juro que...

—Respira... respira... que te estás poniendo azul —musitó Alma.

Nuria asintió. Hablar del que había sido su ex hacía ya algunos años siempre la alteraba.

—¿Escuchasteis ya la canción de *La perla*, de Rosalía? —preguntó, y al ver que sus amigas asentían, prosiguió—: ¿Está o no está escrita esa canción para él?

Todas asintieron. La canción no podía definir mejor a aquel sinvergüenza.

Nuria, por norma, era una mujer con buen humor, excepto cuando mencionaba al que fue su novio durante diez años. La Perla, como llamaban al tal Mario Alfonso, fue alguien a quien Nuria quiso mucho y se fio de él, hasta que, de la noche a la mañana, desapareció con cien mil euros que Nuria había pedido al banco para comprarse un piso. Un piso que Nuria nunca se compró, pero cuyo préstamo pagó con mucho esfuerzo.

—Mira, lobezna —prosiguió Romina sin quitar ojo a Natalia—. Que tu madre con cincuenta y cinco años se haya cerrado al amor y solo busque rollitos de una noche, aunque no me guste, puedo llegar a entenderlo. Pero que tú, con treinta y cuatro años, pienses igual y abogues por las parejas abiertas para tener cuchi cuchi con quien quieras, ¡me horripila!

Se abrió el debate y todas opinaron sobre las relaciones y el amor. Como era costumbre, cada una tenía una visión diferente. La vida las había llevado por distintos caminos para poder opinar sobre ello. Al poco rato, las cuatro jóvenes se miraron. Tenían planes.

—Queridas, lobas —dijo Virginia, levantándose, al tiempo que lo hacían Leyre, Carolina y Natalia—, si no os importa, nosotras hemos quedado con las amigas para seguir celebrando mi despedida.

—Pero ¿no vamos a ir a un local de *striptease*? Yo que me había hecho ilusiones de meterle eurillos en el paquete a algún chulazo —preguntó Nuria.

—Por Dios, Nuria, ¡qué ordinariez! —se quejó Romina.

—¡Qué ideal! —afirmó Leyre.

Las jóvenes se despidieron entre risas.

—¿Qué tal si ahora que se han marchado las lobeznas, las lobas nos vamos a tomar unas copitas? —propuso Alma, mirando a sus amigas—. Han abierto un sitio nuevo de copas cerca de plaza de España.

—Mírala, ¡qué puesta está! —se mofó Estíbaliz.

—Lo sé, porque Ricardo, mi vecino —explicó Alma, con una sonrisa—, trabaja para una empresa sueca. Y estuve hace dos días con él y me dio unas invitaciones porque hoy tienen una fiesta allí.

—Uisss, ¡Caramelito! —soltó Nuria.

Alma se rio. Ricardo la llamaba de aquella absurda manera, Caramelito, porque decía que sus besos eran dulces como los caramelos. Todas sabían que Alma y Ricardo, cuando les convenía, tenían sexo. Era con el único hombre que repetía por comodidad. Ambos estaban divorciados. Solo querían divertirse sin compromiso y cuando les apetecía disfrutaban del momento. Nada más.

—No sé... —dudó Estíbaliz.

—El local se llama ¡DeLokos! Venga, ¡vayamos! —insistió, sacando las invitaciones de su bolso.

—¡Me apunto! —afirmó Nuria.

Romina miró el reloj. Eran las doce y diez de la noche.

—Me desmarco —dijo—. La boda de mi niña es el domingo, y quiero estar fresca como una lechuga. ¡Que soy la madre de la novia! ¡Y quiero estar espectacular!

—Pero si es viernes.

—Que noooo voy. ¡Quiero estar perfecta!

—¡Pero si ya lo eres! Y...

—No insistáis, ¡no voy a ir! —cortó ella con su habitual dramatismo—. Me voy a casita con mi unicornio, y no se hable más.

Ellas no insistieron. La conocían y sabían que, cuando Romina decía aquello de «no se hable más», no había nada que hacer.

—Venga. Te acerco en el coche —dijo Estíbaliz.

—¿Tampoco te vienes tú? —preguntó Nuria.

—¿Sola con vosotras dos? ¡Ni loca, que soy una mujer felizmente casada!

Cinco minutos después salieron del restaurante y se despidieron.

—¿Dónde está ese nuevo local? —preguntó Nuria, cuando vio alejarse a Romina y a Estíbaliz.

Capítulo 2

En la fiesta privada organizada por una empresa de telefonía sueca que se celebraba en el local DeLokos sonaba música del grupo sueco Abba. Se veía a la gente disfrutando.

—¡Saem!

El mencionado, al oír su nombre, se volvió. En aquel improvisado cuarto, Saem, como chef, terminaba sus últimas elaboraciones cuando su tío y socio Mario se acercó y preguntó, metiéndose en la boca un chicle de sabor maracuyá:

—¿Cómo llevas el *catering*?

—¡Lo tengo todo listo!

Saem, chef del evento, tras ver que todo estaba a su gusto, comenzó a dar directrices a los camareros sobre cómo servir y sacar la comida. Era importante. Tan pronto como los camareros comenzaron a sacar los platos, Mario y Saem chocaron sus manos.

—Ah, por cierto. Quiero darte algo —dijo Mario. Saem miró a su tío y cuando vio lo que le entregaba sonrió—. Ten un juego de llaves de mi piso nuevo. Nunca se sabe cuándo las puedo necesitar.

Saem asintió. Su tío acaba de mudarse a un precioso piso en el centro de Madrid.

—Me parece genial —afirmó, guardándose las llaves en el bolsillo.

Segundos después, Mario se alejó y Saem, tras ver que salían más platos, decidió darse una vuelta por el local para ver las reacciones de la gente ante su comida. Y sonrió al ver sus gestos de satisfacción.

En la sala, Saem se encontró a *influencers*, invitadas por la empresa sueca, que subirían estupendas reseñas a sus redes sociales, algo imprescindible para que las cosas funcionaran. Y con su habitual profesionalidad, saludó a los suecos organizadores del evento. Las relaciones profesionales se tenían que cuidar.

Al concluir los saludos, se dirigió de nuevo hacia donde estaba organizando el *catering*. Cuando vio que todo estaba en orden, volvió a la sala y al ver una de las barras congestionadas, sin dudarlo se metió en ella y comenzó a servir copas.

Al poco tiempo y con todo controlado, y mientras hablaba con unas chicas, se fijó en una mujer que en la pista lo daba todo con la canción *Soltera*, de la cantante Shakira.

La observó divertido mientras incomprensiblemente su corazón se aceleraba. Ella cantaba, reía, saltaba y bailaba la canción junto a otra mujer morena, y desde luego lo pasaban en grande.

La rubia que había llamado su atención, y que sin motivo aparente le había acelerado el corazón, era de estatura media, cuerpo con curvas y bonita sonrisa. Quizá no era la mujer más despampanante del local, pero desde luego, para él, sí. Y lo más importante. Era madurita. Siempre le habían atraído las maduritas. ¿Trabajaría en la empresa sueca o sería sueca?

Acabada la canción ella y su amiga salían de la pista cuando un hombre se acercó a ellas y la rubia lo abrazó. ¿Sería su pareja? Durante un rato, Saem les observó hablar e incluso vio cómo, al pasar un camarero con unas bandejas, ella cogía dos canapés. Por su gesto supo que le gustaron. ¡Genial! Aunque se percató de que le quitaba la rúcula que sobre ellos había.

Minutos después, dos hombres se les unieron y el que ya estaba con ellas se alejó. Saem lo siguió con la mirada y vio que se marchaba del local con una joven pelirroja. Eso le hizo saber que no era la pareja de la rubia y extrañamente le alegró.

De pronto le dio la sensación de ser un mirón, así que se dio la vuelta y se alejó. Pero ¿qué hacía observando de aquella manera a esa mujer?

Durante varios minutos deambuló por el local comprobando que todo estuviese bien, pero sus piernas volvieron al punto de

partida y se descubrió buscando de nuevo a la mujer. Pero ¿por qué no podía apartar sus ojos de ella y el corazón le latía así?

Molesto por su tonto comportamiento, se percató de que mientras a la morena uno de los hombres le hacía gracia, a la rubia no. Solo había que ver cómo se alejaba continuamente de él, y curioso se acercó con disimulo hasta ellos.

—Adiós. Que la fuerza te acompañe lejos de mí —la oyó decir. Le hizo gracia el comentario y todavía más cuando, al ver que el tipo se alejaba sin rechistar, añadía—: Si la estupidez doliera, ese estaría en fase crítica.

Divertido, Saem sonrió por su inventiva. Aquella de sueca no tenía nada.

—Pues no va el imbécil ese que parece un burro despeinado —habló de nuevo la mujer, dirigiéndose a su amiga— y me dice que no pierda mi oportunidad porque, con mi edad, hombres como él pocos voy a conocer.

—¡Idiota!

—Gilipollas y caballornio más bien.

Ambas, sin percatarse de que Saem las escuchaba, prosiguieron hablando.

—¿Interesante el tuyo? —preguntó la rubia.

—Sergio. Treinta y siete años, boca apetecible y culito respingón —respondió la morena.

—¿Qué signo zodiacal es? —se mofó Alma.

—Para el ratito que lo quiero, como si es de Saturno —murmuró Nuria, con una sonrisa ante aquella pregunta, que era típica de Estíbaliz.

Saem, incrédulo, sonrió.

¿Y luego decían de los tíos?

Divertido por la complicidad y sobre todo por la claridad que se percibía entre ellas en aquella conversación, se alejó. No debía seguir cotilleando como lo hacía.

Instantes después, vio cómo la mujer que había llamado su atención se alejaba sola hacia una de las barras. Esperó su turno respetuosamente para pedir una copa, por lo que Saem, sin dudarlo, fue hasta esa barra, se metió en ella y le preguntó:

—¿Qué deseas?

Alma se giró hacia su derecha al oírle. Allí, un hombre moreno de inquietantes ojos asiáticos la miraba. Eso hizo que inexplicablemente su corazón se acelerara.

—Ellos van delante —indicó.

Saem sonrió. Qué considerada. Y apoyándose en la barra, levantó una ceja.

—Yo no me chivo, si tú no te chivas —susurró.

Aquello a Alma le resultó gracioso. Y sorprendida del buen español que hablaba aquel asiático, pidió:

—*Gin-tonic*.

—¡Marchando!

En silencio, Alma no apartó la mirada de aquel tipo que tras la barra le preparaba lo que había pedido y sin saber por qué motivo estaba haciendo que su corazón fuera a mil revoluciones. Era bastante alto para ser asiático. Pelo moreno, ojos oscuros y dulcemente rasgados. Su boca era interesante, dientes cuidados y sonrisa bonita. Si su amiga Romina viera a aquel asiático, le gustaría. Solo le faltaba ser coreano.

—¿Qué le has dicho al tipo que estaba contigo que se ha ido tan rápidamente?

—¿Eres un *voyeur*, un cotilla o qué? —preguntó Alma, sonriendo. Saem soltó una risotada; ella, intentando aparentar tranquilidad, a pesar de que él le ponía nerviosa, respondió—: Se pasó de listo, y le dije que soy inspectora de policía. Por lo que, si seguía molestándome, llamaría a algún compañero y esta noche dormía en el calabozo.

Boquiabierto, Saem parpadeó. ¿Policía? ¿Los suecos habían invitado a la policía?

—¿Lo dices en serio?

—¿Tengo cara de mentir?

Saem sonrió. Aquella rubita tenía unos preciosos ojos marrones, y tras mirar el pequeño lunar que tenía sobre el labio superior derecho, se dio la vuelta y abrió la cámara donde estaba el hielo.

Con fingido disimulo, Alma lo escaneó. ¡Qué buen culito el de aquel morenazo!

Por su rostro, le calculó unos treinta y cinco años. ¡Una monada de hombre!

—Qué bien hablas español.

Saem asintió. Era un comentario que le hacían demasiadas veces.

—Gracias.

—¿Chino o japonés?

—Ni uno ni otro. Español y coreano.

¡¿Coreano?!, pensó ella. Definitivamente, su amiga Romina se desmayaría. Pero al ser consciente de que su pregunta había sido incorrecta, dijo:

—Te pido disculpas si mi pregunta te ha parecido una grosería.

—Tranquila. He oído cosas peores. —Guardaron silencio unos segundos, y él, al ver su apuro, añadió—: Madre coreana y padre español. Aunque sé muy bien que mi genética es totalmente coreana. Pero nací en Madrid como mi padre y tengo mi DNI como español.

—Siento mi desacertada pregunta —volvió Alma a disculparse.

—No pasa nada.

Ambos sonrieron.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Saem.

—Bonito nombre.

—Diferente —apostilló él, que, sonriendo, añadió bajando la voz—: Aunque he de confesar que mi segundo nombre es Manuel.

—¿Saem Manuel?

Él asintió.

—Cosas de mis padres —dijo—. Aunque, por suerte, todos me llaman Saem. —Alma sonrió. Él preguntó—: ¿Y tú cómo te llamas?

—Sara —mintió.

—Precioso nombre.

—Gracias.

Saem terminó de preparar el *gin-tonic* y lo puso ante ella. Cuando Alma hizo ademán de sacar la cartera, él la detuvo.

—Invita la casa... Sara.

Esa voz...

Esa mirada...

Esa sonrisita...

Llevaba muchos años sola y divorciada como para saber que aquello era otra invitación. Entonces Nuria se le acercó con su acompañante y le dijo al oído mientras Saem atendía a otro cliente.

—Me voy con Sergio donde tú ya sabes.

Alma asintió. Donde tú ya sabes era un hotelito por horas, cuco y limpio, que ya conocían, y sin dudarlo, sacó su teléfono móvil del bolso y dijo graciosamente:

—¡Selfi!

Rápidamente, Sergio, Nuria y ella ante Saem, que en silencio los observaba, se hicieron una fotografía.

—Si le ocurre algo a mi amiga, te tengo fichado e iré a por ti —le dijo Alma a Sergio—. Soy inspectora del Cuerpo Nacional de Policía. Por lo tanto, ¡ojito!

Al hombre le cambió la cara. Aquella táctica la solían utilizar cuando alguna de las dos se marchaba con un tipo. Era una manera de saber con quién se iban.

—Qué monadaaaa... —le dijo Nuria a Alma en bajito, después de echar una ojeada a Saem.

—Demasiado joven quizá.

—Pero ¿qué dices? Si está en su punto justo.

Rieron.

—Es coreano —cuchicheó Alma.

—Nooooo.

Un gesto de diversión asomó a sus miradas.

—¿No le pediste a los Masters del Universo un rollito asiático? —soltó Nuria, tras un último repaso a Saem—. ¡Pues aquí lo tienes! No te digo nada y te lo digo todo. Si los Masters del Universo te han concedido el deseo, ¿se lo vas a rechazar? —Las dos rieron, y Nuria añadió—: Me piro, loba. Mañana te llamo. ¡Besisssss!

Cuando Nuria y su acompañante se marcharon, Saem dejó de atender a otros clientes.

—¿En serio eres inspectora de policía? —le preguntó a Alma.

Alma, que todavía estaba pensando en lo que Nuria le había comentado sobre que los Masters del Universo le habían concedido el deseo, asintió. ¿Y si lo aceptaba?

—Inspectora Santana —mintió como una bellaca.

En ese momento, Mariola, una joven de la empresa de telefonía sueca que conocía, se acercó hasta él.

—Hola, Saem —lo saludó.

—Hola, Mariola —respondió él.

La recién llegada, encantada de haber atraído su atención, se humedeció los labios con sensualidad, y justo en el momento en el que la música cambiaba para volverse más íntima y comenzaba a sonar una preciosa canción, murmuró:

—Te dije que vendría a la fiesta.

Saem se percató de la sonrisita de Alma, que rápidamente dijo:

—¡Os dejo! ¡Gracias por el *gin-tonic*!

Y sin más, se alejó con su bebida en la mano, mientras escuchaba aquella bonita canción de Bruno Mars que últimamente no se podía quitar de la mente.

Mientras Saem hablaba con Mariola, con la que había tenido un rollo tiempo atrás, no podía dejar de mirar hacia donde estaba Alma. Aquella enigmática mujer le había acelerado el corazón. No podía dejarla marchar sin más.

—Mariola —dijo—. Ya hablaremos en otro momento.

Sin importarle el gesto de la joven, Saem se alejó y se aproximó a Alma.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Alma notó de nuevo su corazón a mil. Pero ¿qué le ocurría?

—Sí —respondió.

Se quedaron en silencio. Saem no dejaba de mirarla y ella, nerviosa, daba vueltas a su copa en la mano.

—Esta canción es preciosa, ¿verdad? —dijo ella.

Saem asintió. Aquella canción de Bruno Mars le gustaba mucho.

—Tan preciosa como tú —respondió.

Alma lo miró boquiabierta. ¿En serio había dicho aquello? Y, azorada, miró a la joven con la que Saem hablaba segundos antes, que podría tener la edad de su hija.

—Creo que tu amiga desea seguir hablando contigo —replicó.

—Posiblemente. Pero estoy hablando contigo.

—Vaya... —murmuró sorprendida.

—Vaya... —repitió Saem, imitándola.

A Alma le agradó oír eso. Que prefiriera hablar con ella, que era una mujer madura, en lugar de con aquella joven tan preciosa, le gustó.

—Tú que trabajas aquí, ¿dónde podría fumarme un cigarrito? —le preguntó.

—No se puede fumar en el interior del local.

—Ya lo sé.

Saem levantó las cejas.

—Un agente de la ley queriendo saltarse la ley.

—¡Nadie es perfecto! —Y al ver cómo la miraba, añadió, sintiendo calor—: Mira, la realidad es que estoy en plena menopausia, y aunque eso de que nos volvemos medio locas es mentira, reconozco que cuando me da el brote de calor, ¡me cago en la madre que parió a la puñetera menopausia! Por lo que un poquito de aire fresquito y un cigarrito me vendrían genial.

Boquiabierto, la miró. ¿Puñetera menopausia? ¿En serio le había dicho eso?

La realidad era que en el local no se podía fumar, pero quiso darle aquel capricho.

—¿Puedo cogerte de la mano? —le preguntó. Sorprendida por aquella pregunta, Alma parpadeó; él aclaró—: Es para llevarte a un sitio en el que te dará el fresquito y podrás fumar. ¿Puedo o no? —insistió.

—Puedes.

Saem agarró con determinación su mano.

—Vamos —indicó.

Dejándose guiar por aquel desconocido, y consciente de que la tal Mariola con gesto molesto los observaba, se metieron por detrás de una de las barras.

—Las damas primero —dijo él, abriendo una puerta.

—Qué caballeroso —se mofó, recordando lo que su amiga Romina le dijo de los coreanos.

—Siempre. Mi tío me enseñó —afirmó Saem.

Sorprendida por aquella galantería, cruzó el umbral seguida por él.

—Es por aquí —señaló Saem.

Subieron por unas escaleras que los condujo a un ascensor. En silencio y sin que él soltara su mano, subieron hasta la decimosexta planta. Al salir del ascensor y atravesar una puerta, cuyo paso le cedió él de nuevo, Alma se quedó sin palabras.

Estaban en la azotea del edificio. A sus pies estaba la Gran Vía de Madrid en todo su esplendor.

—¡Vayaaaa! ¡Qué vistas hay desde aquí! —exclamó soltando la mano de Saem.

Él hizo un gesto afirmativo. Ella tenía razón.

—¿Tanto calor tienes? —le preguntó, al ver que Alma se abanicaba con la mano.

Ella asintió y, con naturalidad, se levantó el cabello con la mano.

—¡Ardo de calor y el corazón me va a mil! —contestó—. La puñetera menopausia es lo que tiene. Que tan pronto me muero de calor como de frío.

A Saem aquel comentario le hizo gracia.

—¿Te va el corazón a mil? —preguntó.

Sin saber por qué Alma cogió su mano y la puso sobre su corazón.

—Compruébalo tú mismo.

Con ese gesto Alma supo que se estaba comportando como una «loba», pero, sin moverse, lo miró, dispuesta a aceptar el regalito de los Masters. ¿Por qué no?

A Saem se le secó la boca. Tener su mano sobre el corazón de ella le hizo ver que tenía razón. Lo tenía acelerado. Y con la misma naturalidad, cogió la mano de ella, se abrió la camisa y la puso sobre su pecho.

—A mí también me va a mil —indicó.

Se miraron en silencio. ¿Qué hacían? ¿Cómo habían llegado a ese momento?

—Va muy rápido.

—El tuyo también —afirmó Saem.

Durante unos segundos y en silencio se miraron a los ojos con intensidad hasta que, de pronto, ambos retiraron las manos al mismo tiempo.

—Estoy por llamar al Samur —dijo ella.

Sonrieron. Pero ¿qué estaban haciendo?

—¿Trabajas en la empresa de telefonía móvil sueca? —quiso saber Saem, intentando salir de aquella extraña situación.

—No.

—¿Y cómo habéis entrado tu amiga y tú esta noche en el local?

—Colándonos. —Aquella contestación lo descolocó, pero ella se apresuró a explicarle—: Teníamos unas invitaciones. Tengo un amigo que trabaja para la empresa de telefonía que da la fiesta. Él me las dio. —Saem asintió. Alma trató de centrarse y le recomendó—: Vuelve al trabajo, no vayas a tener problemas con tu jefe por mi culpa. Tan pronto como me fume un cigarro, el corazón se me normalice y el puñetero brote de menopausia se haya relajado, prometo bajar por el mismo camino por el que hemos subido.

Él sonrió.

—Prefiero quedarme contigo hasta que el corazón se te normalice —le respondió sin sacarla de su error—. Si mi jefe se entera de que te subí aquí y te pasa algo, se molestará.

—¿Tengo pinta de que me va a pasar algo?

—No. Pero, me quedo más tranquilo —replicó él sin evitar una sonrisa.

Alma, desconcertada, acalorada, acelerada y divertida, asintió. Encendió un cigarrillo y se apoyó en la misma pared en la que estaba él.

—La luna está preciosa, ¿verdad? —murmuró, contemplando el cielo estrellado, tras dar una calada a su cigarrillo.

—Sí.

Se quedaron callados unos segundos observando la luna, mientras ella fumaba y se daba aire con la mano.

—¿Casada, soltera, divorciada? —indagó él, curioso.

—Te ha faltado lo de viuda.

Ambos rieron.

—Viuda —volvió a mentir ella.

—Lo siento...

Alma movió la cabeza para quitarle importancia.

—¿Y tú? —preguntó.

—Soltero.

—¿Soltero, con relación o sin relación?

—Tengo una relación con alguien muy especial —confesó él, moviendo la cabeza—, pero nos damos nuestro espacio. Nos gusta ser una pareja abierta.

Alma asintió. Aquel rollo le iba a su hija también.

—Si eso es lo que os gusta, ¡estupendo!

—¿Qué hace una policía como tú hoy aquí? —quiso saber él.

—Tomarse una copa. Los polis también nos divertimos cuando podemos.

Saem sonrió. La personalidad de ella era arrolladora.

—¿Qué te pareció el *catering* del evento? —siguió preguntando.

—Rico. Me gusta la fusión entre cocinas, pero para mi gusto demasiados hierbajos. En los dos canapés que tome había rúcula.

—Pues que sepas que esos hierbajos, como tú los llamas, o la rúcula, son ricos en fibra y un alimento valioso en minerales, vitaminas y compuestos bioactivos.

—¿Defensor de los hierbajos?

—¡A muerte con los hierbajos!

—Siento decirte que, en mi caso, de lo que come el grillo, poquillo —admitió ella.

—¿No te gustan las verduras? —preguntó divertido.

—Muy poquito.

—Eso es porque no las has cocinado bien.

—Si mi madre te oye decir eso, ¡te corta el cuello! —Ambos rieron y ella, observando aquellos ojos tan atrayentes, añadió—: Me has preguntado y te he contestado. El *catering* era bueno, a excepción de esos hierbajos que se empeñan en poner hoy los chefs modernetes del momento. —Saem clavo sus ojos en ella. ¿Él era un chef modernete del momento?—. ¿Por qué me miras así? —preguntó ella.

—¿Cómo te miro?

—Pues como lo haces.

Saem sonrió. El poder de su mirada asiática siempre desconcertaba.

—Curioso el lunar que tienes sobre la comisura derecha de tu labio superior, inspectora Santana —indicó él.

Le gustó que recordara su apellido, así que Alma hizo un gesto afirmativo. Estaba claro que la escuchaba cuando hablaba, y estaba claro que su corazón seguía acelerado porque ese tío la ponía. La ponía mucho.

—¿Acaso te estás insinuando? —preguntó, lanzándose a la piscina.

—¿Y si lo hiciera...?

—Sería raro.

—¿Raro por qué?

—Porque, según una amiga, los coreanos sois fríos y distantes.

—Soy medio español.

Alma sonrió. Buena matización.

—¿Qué edad tienes? —preguntó, clavando los ojos en él.

—¿Por?

—Simple curiosidad. Y no te tomes a mal lo que te voy a decir, pero los asiáticos tenéis esa piel tan tersa y luminosa que, si te soy sincera, soy incapaz de descifrar tu edad.

—El colegio ya lo terminé hace años —se mofó, y al ver que ella hacía un gesto gracioso añadió—: Treinta y nueve.

—¿En serio?..., te echaba menos.

—Es que los asiáticos envejecemos muy bien.

Ella esperó que le preguntara su edad. Era lo normal. Pero esa pregunta no llegó. Estaba claro que aquel era todo un caballero.

—Yo tengo cincuenta y cinco años —dijo ella.

—Te echaba menos, y no es por hacerte la pelota —matizó.

—Gracias.

—Tienes una edad tan bonita como tú. —Aquellas palabras la sorprendieron. Era lo más romántico que un hombre le había dicho en su vida. Él continuó—: Si alguien me atrae, me fijo en la persona, no en la edad. Porque si algo aprendí hace tiempo es que la atracción entre dos personas no entiende de números ni edades, pero sí de sensaciones y emociones.

—Vaya...

Sus miradas se intensificaron. Estaba claro lo que pensaban. Lo que ambos deseaban. Saem se acercó más a ella y paseó su dedo por aquel lunar tan tentador.

—Soy caballeroso y nunca hago nada que una mujer no desee —murmuró.

Alma lo entendió. En el idioma que le hablaba le acababa de decir que solo seguiría si ella así lo deseaba.

—¿Sigues con el corazón acelerado? —preguntó, dejando caer el cigarrillo al suelo.

—Sí.

—Yo también. Y creo que es porque ambos nos ponemos.

—Sin duda alguna —afirmó Saem, dándole una explicación a lo que le ocurría.

—Nada de preguntas. Cero obligaciones y cero reproches —pidió ella, sin apartar su bonita mirada marrón de él.

—Me parece bien.

—Y otra cosa.

—Dime.

—Esto no se va a repetir.

—No lo pretendo.

Alma asintió. Aquel tipo caballeroso jugaba a su mismo juego. Por ello, acercando su boca a la de él, tomó la iniciativa y lo besó. Al hacerlo se encontró con unos labios tersos, dulces y sabrosos. ¿Por qué no?

Saem, por su parte, consciente de que ella deseaba lo mismo que él, se dejó llevar. No era hombre de hacer esas locuras. El sexo le agradaba, pero no con cualquiera. Pero aquella mujer, inexplicablemente, no solo le aceleraba el corazón. ¿Por qué no?

A partir de ese instante, olvidándose del mundo, los besos entre los dos se volvieron más locos, intensos, calientes y morbosos. Si un beso era caliente, el siguiente era ardiente, y cuando las caricias se hicieron más íntimas, Alma sacó su móvil y ante la sorpresa de Saem, exclamó:

—¡Selfi! —Acto seguido, y sin importarle la mirada de él, Alma hizo una fotografía. A continuación, le hizo creer que la había enviado a su amiga por WhatsApp y cuando guardó su teléfono, dijo—: Si me pasa algo, ella ya sabe a por quién tiene que ir.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Y tan en serio —afirmó, besándolo.

Boquiabierto por aquello que en la vida le había pasado, degustó aquel beso que lo estaba desarmando cuando Alma sacó de su bolso un preservativo y exigió:

—¡Póntelo!

—Qué mandona —se mofó él.

—Tengo edad para serlo y hay que cuidarse.

Viendo que ella le facilitaba el momento, sin perder tiempo, Saem se lo puso. Parar aquel loco, caliente y morboso momento en la azotea del edificio era lo último que pensaba. Y cuando Alma se bajó las bragas y se subió el vestido, Saem la cogió entre sus brazos y, alzándola en volandas sin esperar un segundo más, la penetró. Ella clavó sus dientes en el mentón. Al hacerlo ambos jadearon y mirándose a los ojos enloquecieron. Sexo en sus vidas tenían los dos, pero lo que estaban viviendo y disfrutando era diferente. Muy diferente.

El lugar, estar al aire libre bajo el cielo y la luna de Madrid y la intimidad les proporcionó un momento único e irrepetible, que, sin duda, ambos disfrutaban con deleite y pasión.

Durante varios minutos se dejaron llevar por el simple juego del sexo, mientras sus cuerpos se acoplaban una y otra vez, proporcionándose oleadas de placer indescriptibles, hasta que inevitablemente el clímax les llegó.

Pasados unos instantes en los que ambos rebajaron sus pulsaciones y, sobre todo, tomaron aire, Saem, dándole un tierno beso en la punta de la nariz, preguntó sin soltarla:

—¿Estás bien?

—¿Qué?

—Que si te encuentras bien.

A Alma la descolocó oír eso. ¿Otra vez aquella pregunta?

—No lo preguntarás porque soy mayor que tú, ¿verdad? —respondió a la defensiva y dándose aire con la mano—, y creas que porque tengo el corazón acelerado me puede dar un infarto, porque, mira, el infarto te puede dar a ti, aun siendo más joven.

—¡Pues claro que no!

Molesto, Saem la dejó en el suelo. Pero ¿a qué venía aquello?

—El selfi, cuando me vaya, lo borraré.

—¡Lástima, inspectora! Te iba a pedir que me lo pasaras.

—Buen intento. Pero no te voy a dar mi número de teléfono.

—Cachis, ¡he fallado! —Ambos sonrieron, y luego él aclaró—: Si te he preguntado si estabas bien era porque me interesa saber que lo ocurrido entre los dos ha estado tan bien para ti como para mí. Solo era por eso. Me enseñaron a ser caballeroso con las mujeres.

Alma, conmovida por aquella aclaración, le dio un beso en los labios con mimo.

—Te pido disculpas por haber sido una malpensada —replicó.

—Disculpas aceptadas.

—Maldita menopausia. ¡Por Dios, qué calor! —refunfuñó Alma, y miró su reloj—. Me voy a ir antes de que me convierta en calabaza.

—¿Te vas a ir ahora?

—Sí.

—¿No quieres otra copa?

—No.

—Puedo llevarte a tu casa, si quieres.

—No. Tú tienes que trabajar.

—Oye. Creo que...

—Más vale que dejes de escaquearte, amiguito —lo cortó—. No quiero que, por mi culpa, tengas problemas en el trabajo y eso recaiga sobre mi conciencia.

¡Qué considerada!, pensó él.

—¿Tu corazón más tranquilo? —se interesó.

—Sí —mintió ella—. ¿Y el tuyo?

—Relajado —también mintió él.

Pensó en decirle que él y su tío Mario eran los dueños de aquel local, y que además él era un valorado chef de cocina que tenía su propio restaurante en Madrid, pero ella parecía ansiosa por marcharse.

—Vamos. Bajemos de aquí —insistió ella, empezando a ponerse en marcha.

—Espera. —Alma se detuvo—. Yo te traje. Yo te llevo de vuelta.

Al ver su gesto, ella sonrió.

—Pues venga. Llévame de vuelta —le dijo, tendiéndole la mano.

En silencio abandonaron la terraza y se metieron en el ascensor sin soltarse de la mano. Aquello era nuevo para Alma. Nadie había cogido su mano con la firmeza y la seguridad que él demostraba. Nerviosa, acelerada y acalorada, no sabía qué pensar.

—Deja de mirarme así —le pidió, al ver que la miraba con insistencia.

—No sé mirar de otra manera.

Tras abandonar el ascensor, y todavía de la mano, bajaron las escaleras y, cuando entraron de nuevo en el local, dos chicas muy monas los saludaron con la mano. Ella se soltó.

—Madre mía, ¡qué exitazo el tuyo! —murmuró Alma, al ver cómo le sonreían.

Saem no pudo evitar una sonrisa. Si algo nunca le faltaba eran mujeres. Otra cosa era que él quisiera algo con las que le sonreían de forma habitual. Sabía que ser asiático era algo que siempre había llamado la atención.

—Ha sido genial, Saem, pero ahora, adiós —dijo Alma, antes de que él pudiera añadir algo, y estableciendo una distancia entre los dos que en la azotea no existía.

Saem se quedó parado mientras las chicas se aproximaban a él. Alma continuó caminando, se giró, le guiñó un ojo y se esfumó. Alargar aquella despedida era una tontería. ¿Para qué, si no se volverían a ver en su vida?

De pronto, Saem reaccionó, se zafó de las chicas y salió corriendo a la puerta del local. Tenía que encontrarla.

La vio al borde de la acera esperando un taxi.

—¿En serio te vas a marchar sin darme tu número de teléfono? —le preguntó, aproximándose a ella.

—Y tan en serio —afirmó Alma, sorprendida al verlo allí.

—¿Por qué? —insistió él

—¿Para qué? —preguntó ella.

Acostumbrado a que las mujeres le dieran su número de teléfono sin pedirlo, Saem levantó las cejas cuando ella se acercó y, justo en el momento en el que un taxi se detenía, le susurró:

—Quédate con que ha sido divertido.

Y tras darle un rápido pico en los labios, se montó en el taxi y desapareció, sin ser consciente de que mientras él contemplaba cómo el taxi se alejaba, se preguntaba quién era aquella mujer que le había descontrolado el corazón.